

Una morada con unos brazos muy largos

*Hago el viaje al interior
divisando iluminada que yo dicto
el último renglón de mis ideas.*

W.G. Ropa interior

A todas las que fui, a todas las que soy.

*Al torbellino y al manantial;
a la marea alta, a la baja mar. A todas ellas
que concurren y levitan aquí adentro,
este texto.*

1.

El cuerpo de Alicia Rodríguez Alvisa (La Habana, Cuba, 1995) es un mapa en el que se avistan los morfemas que problematizan lo personal, entendido como territorio. Como la crítica, mirada aguzada sobre la imagen que se empaña ante tanta prosa vacía, es un hecho tácito su insensato afán por despojarse del simulacro para por fin, descubrirse ella. El cuerpo, que en sus fotografías es arquitectura de lo propio y encuentro con lo otro, esa otra que también es, forma parte de una escenografía de la cotidianidad, de la vida no *instagramable* con sus flecos y sus derivadas manías.

Mientras leo esas autoras y autores que discurrieron sobre la semiótica de la representación más sensual e íntima del cuerpo; teorizaron sobre su equidistancia traumada por el encorsetamiento, la violencia y el pudor; mientras todo eso pasa como una fuga de gas por mis ojos - la diletante excusa de la autorreferencialidad, la reiteración infinita y cóncava de una imagen frente al espejo, posiblemente en una habitación propia-; sepan que por algún tiempo vamos a residir aquí, en esta cúpula de tejidos que nos protege y nos abastece. Sobre estas capas de huesos duros y piel esponjosa encaramos la vida. Aquí dentro suceden cosas. Programados desde su interior, cultivamos, modelamos y esperamos pacientes el florecimiento del germen que ha sido plantado. Unas veces la sequía, otras tantas el aguacero, intentarán impedir nuestra laboriosa tarea: la de sembrarnos en suelo propio.

Plantar el cuerpo, aferrarse rodilla en tierra como los ancestros, a la idea de querernos, simplemente es ser conscientes de que crecer, es un camino que se bifurca siempre en dos sentidos, dos pares, dos historias, dos miradas sobre las divergencias. La una y la otra: El cuenco terrenal y el dique espiritual que se desborda ante el eco: *You are there, Are you there? There you are.*

El cuerpo destila una poesía filosa que sabe a metal; costumbres que baten sus alas acompañadas al ritmo de aquella angustia dulzona de quien se despoja de sus ropajes para salir volando. El cuerpo es viaje; frontera; equipaje y recurso expresivo. Es aquel lugar que entre imagen y reflejo nos señala al otro lado de la habitación, del espejo, de la pantalla, de la atrevida ignorancia que nos engaña afirmando que, conocemos las cosas tal y como son. cuando es nuestra imaginación, esa *maniera propia* de estar al tanto de “algunas cosas del mundo”, la que nos hace vagar por el desierto de lo real.

2.

En un piso de Boston una, dos y tres miradas construyen situaciones que amparan la tentativa *handmade* de una joven que intenta encontrarse y equilibrar sus emociones utilizando como herramienta lo que sabe hacer: Obra. Vuelta introspectiva, ensayo psicológico, capricho de sentir que puede con todo. A sus ojos, su ropa interior negra o su ropa de andar por casa, blanca, a sus rizos tranquilos y despeinados, antecede la lucha, el pulso de fuerzas en ese desdoblamiento en el que conviven dos Alicias. Hay silencio en cada escena; respiran; se observan; ¿comen? Miran hacia adelante y hacia arriba como quien sabe que no está solo. La sociedad ha instaurado en nuestras cabezas el síndrome de la individualidad frustrada, sin embargo, basta un pequeño gesto: recostar el hombro sobre la inerte sinfonía que explora el alma a través de un lente para intentar adivinar: ¿Conozco a las dos Alicias? ¿Se conocen ellas?

3.

No ha sido el azar quien nos ha traído hasta aquí, precisándonos atentas y conscientes frente a las versiones de una historia cuyo desenlace es el centro neurálgico de esta exhibición. *A Long Hug* - ese apretado y largo abrazo- te reconoce a ti, me reconoce a mí, nos reconcilia y nos devuelve al *uno*, a ese ser indivisible en el que nuestras partes, estas y otras, las palpables y las imperceptibles del “yo” como entidad condicionada y alimentada por la sociedad, la religión y la cultura de los tiempos que nos precedieron, soportan el relato individual de esas entidades que somos. Sí ha sido el azar del movimiento, el misterio de la migración, la búsqueda de un espacio seguro para ser y estar, lo que ha movido a Alicia Rodríguez Alvisa a desdibujar en imagen fija la dualidad de su cuerpo. (Desdibuja y captura) desde la otredad aprehendida, el yo candoroso y maternal; el yo ególatra e inseguro.

4.

El espacio doméstico es el escenario en el que ocurren la mayor parte de las situaciones que la artista ha dejado capturadas en las fotografías que el público encontrará en Espacio Copiloto – refugio para el reencuentro, motor para comulgar y propulsar la iluminada experiencia de la amistad creadora- como lo han definido sus fundadores. Las fotografías que se han realizado en el período que comprende de 2019 a 2021 muestran cada rincón de ese vasto universo corporal que Alicia juega a componer y a desarticular. Ella colocada frente al espejo, dormida sobre un sofá; ella alargando su brazo para alimentar, vigilando el sueño. Ellas, siendo también refugios en ese pretendido viaje poético que, por momentos, no tiene a nadie al volante, buscan salvarse.

5.

A Long Hug es una sinfonía corporal. Apoderada de la vitrina de cristal que ha heredado Copiloto, la artista ha emplazado su abrazo en vertical. La melodía intimista y reveladora que es la de acariciarse ella; abrazar todo lo que sus manos abarcan con la fuerza telúrica de la reparación, se traduce en la intención restauradora de saberse amar. El cuerpo una vez más se nos presenta fragmentado, como en las escenas que no siguen un guión en las fotografías, simplemente son llevadas por el recurso cotidiano del estar presente. Tocar, palpar, contener, aceptar, todos en su infinitivo argumento relata la invitación que Alicia nos extiende hacia el camino de la reconciliación, el bienestar y la sabiduría que es conocerse a sí mismo.

6.

Un largo abrazo nos llega a inicios de junio. Atravesando el Atlántico se ha pertrechado en una calle de Carabanchel, juguetón escenario que sueña ser un Soho y reposa en su *Caraban*, la misma que en tiempos pasados transitaba de un lado a otro, comunicando pueblos. Un largo abrazo nos ha robado horas de sueño y nos ha devuelto los encuentros de domingos, el estudio lleno de gente vociferando la algarabía que no es otra que la de sentirse en casa.

Yudanela Ortega
Comisaria
Madrid, mayo de 2023

Una morada con unos brazos muy largos

A Dwelling with Arms so Long

Hago el viaje al interior

divisando iluminada que yo dicto

el último renglón de mis ideas.

W.G. Ropa interior

A todas las que fui, a todas las que soy.

Al torbellino y al manantial;

a la marea alta, a la baja mar. A todas ellas

que concurren y levitan aquí adentro,

este texto.

1.

Alicia Rodríguez Alvisa¹'s body is a map where the morphemes that problematize the personal, understood as territory, come into view. Like a critic with a keen eye on the image that blurs amidst so much empty prose, her insensible eagerness to strip away the facade in order to finally discover herself is an implicit fact. The body, which in her photographs is an architecture of the self and a meeting with the other, that other which also exists, is part of a scenography of everyday life, of a life not Instagrammable with all its fringes and derived idiosyncrasies.

While I read those authors who discussed the semiotics of the most sensual and intimate representation of the body, theorizing about its traumatized equidistance due to restraint, violence, and modesty; while all of that flows like a gas leak through my eyes - the dilettante excuse of self-referentiality, the infinitely concave reiteration of an image in front of the mirror, possibly in a room of one's own - know that for some time we will reside here, in this dome of tissues that protects and sustains us. Upon these layers of hard bones and spongy skin, we confront life. Things happen inside here. Programmed from within, we cultivate, shape, and patiently await the germination of the seed that has been planted. At times, drought; at other times, a downpour, will try to hinder our laborious task: to sow ourselves in our own ground.

To plant the body, to hold on knee to the ground like the ancestors, to the idea of loving ourselves, is simply to be aware that growing is a path that always bifurcates into two directions, two pairs, two stories, two perspectives on divergences. The one and the other: the earthly bowl and the spiritual dam that overflows before the echo: *You are there, Are you there? There you are.*

¹ (Havana, Cuba, 1995)

The body exudes a sharp poetry that tastes like metal; customs that flap their wings in unison with the rhythm of that bittersweet anguish of someone shedding their garments to take flight. The body is a journey; a border; luggage and expressive resource. It is that place which, between image and reflection, points us to the other side of the room, the mirror, the screen, the daring ignorance that deceives us into believing that we know things as they are, when it is our imagery, our own way of being aware of "some things in the world," that makes us wander through the desert of reality.

2.

In a Boston apartment, one, two, and three glances create situations that shelter the handmade attempt of a young woman trying to find herself and balance her emotions using what she knows how to do: art. An introspective return, a psychological essay, a whim to feel that she can handle everything. In her eyes, her black underwear or her white home clothes, her calm and disheveled curls, precede the struggle, the pulse of forces in that unfolding where two Alices coexist. There is silence in each scene; they breathe; they observe each other; do they eat? They look forward and upward as if they know they are not alone. Society has instilled in our minds the syndrome of frustrated individuality, yet a small gesture is enough: leaning the shoulder on the inert symphony that explores the soul through a lens to try to guess: Do I know both Alices? Do they know each other?

3.

It has not been chance that has brought us here, requiring us to be attentive and conscious in the face of the different versions of a story whose outcome is the nerve center of this exhibition. "A Long Hug" - that tight and long embrace - recognizes you, recognizes me, reconciles us, and returns us to the one, to that indivisible being in which our parts, these and others, the tangible and imperceptible aspects of the "self" as an entity conditioned and nourished by society, religion, and the culture of the times that preceded us, bear the individual narrative of those entities that we are. Yes, it has been the chance of movement, the mystery of migration, the search for a safe space to exist and be, that has driven Alicia Rodríguez Alvisa to blur in still images the duality of her body. (She blurs and captures) from the apprehended otherness, the candid and maternal self; the self that is egocentric and insecure.

4.

The domestic space is the stage where most of the situations occur, which the artist has captured in the photographs that the audience will find in Espacio Copiloto - a refuge for reunion, a driving force to commune and propel the illuminated experience of creative friendship - as its founders have defined it. The photographs taken between 2019 and 2021 depict every corner of that vast corporal universe that Alicia plays with, composing and dismantling. She stands in front of the mirror, asleep on a sofa; she extends her arm to feed, watching over sleep. They, too, being refuges in that intended poetic journey, which sometimes has no one at the wheel, seek to save themselves.

5.

"A Long Hug" is a bodily symphony. Taking over the glass display case inherited by Copiloto, the artist has placed her embrace in a vertical position. The intimate and revealing melody of caressing herself; embracing everything her hands can hold with the earthy force of healing translates into the restorative intention of learning to love oneself. Once again, the body is presented to us fragmented, as in the scenes that do not follow a script in the photographs, but are simply carried by the everyday resource of being present. To touch, feel, contain, accept, all in their infinitive form, tell the story of the invitation that Alicia extends to us towards the path of reconciliation, well-being, and the wisdom of knowing oneself.

6.

"A Long Hug" arrives in early June. Crossing the Atlantic, it has found its place on a street in Carabanchel, a playful stage that dreams of being a Soho and rests in its Caraban, which in the past used to travel from one side to another, connecting villages. A long hug has stolen hours of sleep from us and has returned the Sunday gatherings, the studio filled with people shouting with joy, which is none other than the feeling of being at home.

Yudinela Ortega
Curator
Madrid, May 2023